

Le Beau Serge

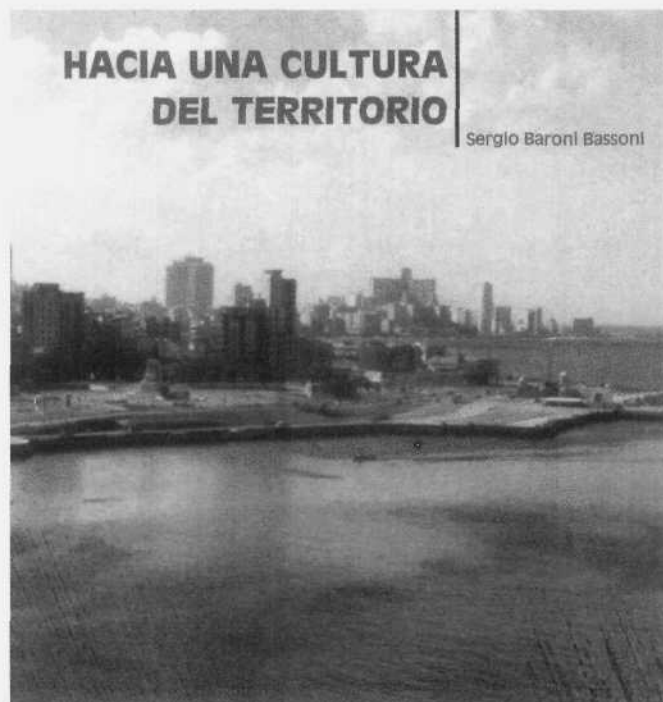
Mario Coyula Cowley

Cuando en el año 2000, Sergio Baroni cumplió 70, se le organizó una pequeña fiesta en la sede de la UNAICC. El ambiente recordaba épocas pasadas en la década gloriosa de los '60s, donde el diseño era el invitado de honor en polémicas que lindaban con lo bizantino sin que por el contrario fuesen estériles. A varios de los presentes se les pidió hablar, y yo inevitablemente recordé el momento en que por primera vez encontré a este mantovano itinerante devenido caraqueño para finalmente asentarse en Cuba, cuya ciudadanía solicitó y recibió en 1974.

Fue en 1961 ó 1962, durante un corto viaje a Santa Clara relacionado con algo de la naciente planificación física. Llevaba una camisa azul pálido arremangada al descuido, que a primera vista podría ser confundida con las tradicionales camisas de mezclilla, conocidas en Cuba como de mecánico antes del triunfo de la Revolución. Algo me dijo inmediatamente que ni la camisa era realmente de obrero, ni este planificador bien parecido encajaba en el estereotipo del diseñador frustrado en busca de un refugio para su falta de imaginación. Y también, mezquinamente, medí con preocupación a un posible rival, no sólo en el quehacer intelectual donde por entonces me iniciaba, sino en la conquista de tiernos (y algún que otro duro) corazones femeninos. Esa última preocupación resultó fundada, incluyendo casos de los que probablemente uno o los dos no llegamos a enterarnos. En cambio, pronto comprobé la generosidad de un cerebro privilegiado que discretamente rehusaba el vedetismo, siempre dispuesto a compartir ideas y ofrecer opiniones y sugerencias.

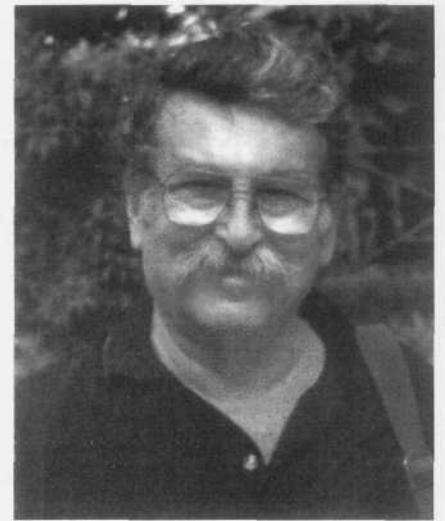
Del Baroni planificador, metodólogo, capacitador y formador puede escribirse mucho, pero no quisiera encasillar a una personalidad tan inusual en el marco estrecho de una biografía convencional, por otra parte necesaria. Espero que haya otros que se encarguen

de eso. Pienso que él sintetiza un fenómeno que se dio en Cuba, cuando diseñadores de mucho talento se dedicaron a la planificación urbana e incluso regional. Sería fácil achacarlo a las dificultades para trabajar como arquitecto en un medio que ya empezaba a quedar dominado por los mitos, más mentales que constructivos, de la prefabricación y el proyecto típico. Un mundo convulso donde se repetía, bajo un falso ropaje de novedad y con el avasallador argumento del interés social y la factibilidad económica, aquel viejo sainete que posiblemente comenzó en las cavernas cuando la mediocridad del cazador de mamuts se enfrentó por primera vez a la creatividad del que los pintaba en la roca. En ese contexto, algunos prefirieron reubicarse en un campo donde "supuestamente" el componente artístico no interesaba. Pero gente como Sergio Baroni sirvieron para demostrar cómo en las disciplinas más áridas la búsqueda de la perfección implica





La nueva gráfica invade ciudades y caminos



también una belleza otra: algo que los cultivadores de las ciencias exactas siempre han sabido.

Esa fidelidad trasvasada a sus orígenes de arquitecto lo llevó a realizar proyectos relevantes, como la propuesta hecha con Vittorio Garatti, que recibió Mención especial en el Concurso Internacional de 1963 para el monumento a la Victoria de Playa Girón. Allí los dos amigos plantearon un tratamiento paisajístico del terreno, con un abanico de terrazas escalonadas de gran escala. A cuarenta años vista, me asalta la idea de que una combinación de este proyecto con los hermosos bloques rojo pardo del equipo polaco ganador, saliendo ominosamente del mar, hubiera resuelto el criticado desbalance simbólico “la agresión con más fuerza visual que la defensa” que al parecer selló la mala suerte del proyecto premiado, devenido mampara divisoria entre unas oficinas del Ministerio de la Construcción. De nuevo con Garatti, Baroni ganó el concurso para el Pabellón de Cuba que se construyó en la EXPO 67 de Montreal; y entre 1968 y 1969, realizó el Puesto de Mando de la Agricultura del Yarey en Jiguaní, antigua provincia de Oriente.

Independientemente de sus muchos aportes en la planificación, Baroni será recordado como el padre del Sistema de Asentamientos Humanos en Cuba; muy ligado a su objetivo de promover una cultura del territorio. La claridad inobjetable de su discurso logró el milagro de que los cubanos aceptaran esos recovecos verbales tan caros a los intelectuales italianos de izquierda (¿herencia gramsciana?), incorporando términos como propedéutica o epistemología. Su gran autoridad internacional, reflejada en la multitud de invitaciones recibidas para asesorar y dar conferencias en el extranjero, y su inclusión en las redes ALFA-MOST y ARCH/PERIF, fue puesta al servicio de varios proyectos de colaboración que se extendieron a

muchos especialistas y estudiantes. Su obra publicada, aparte de infinidad de textos metodológicos y normativos internos, apareció en revistas de nivel internacional como *Casabella*, *Ciudad y Territorio*, *Zodiac*, *Archivos de Arquitectura Antillana* y otras. Su ensayo “Rapporto dall’Avana”, publicado en *Zodiac 8*, 1993, hizo una introspectiva revisión del panorama de la arquitectura y el urbanismo en Cuba. Con un pequeño addendum del propio autor, publiqué en el año 2000 ese mismo trabajo en el número doble especial de *Cuba Update* dedicado a La Habana, del cual fui editor invitado. El hecho de que ese texto se mantuviera vigente después de ocho años es una muestra de la certeza de sus análisis. Pero su especial sentido de la medida, esa gran cualidad que tanto nos falta, lo llevaba a pecar por defecto. A diferencia de algunos gimnastas de la palabra que se autohipnotizan con sus propios encantamientos, Sergio Baroni dejaba siempre con ganas de pedirle más, como sucede con la Coca respecto a la Pepsi.

Al igual que con ese otro gran amigo que se marchó a destiempo, Luis Lápidus, la confianza de tenerlos a mano y disponibles para cualquier consulta o, simplemente, para cualquier descarga, daba la engañosa ilusión de que siempre iban a estar allí. Su ausencia deja un vacío con mucho de desconcierto para los sobrevivientes, que, como en aquel poema de Roberto Fernández Retamar, debemos ahora cuestionarnos a quiénes debemos la sobrevivencia. ▣

Mario Coyula Cowley. Arquitecto cubano, autor de una vasta obra construida y de numerosos artículos en revistas cubanas y extranjeras. Es profesor de la Escuela de Arquitectura del Instituto Politécnico José Antonio Echeverría. Es autor, entre otros títulos, del libro *Havana. Two Faces of the Antillean Metropolis*, con Joseph L. Scarpa y Roberto Segre.